

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 27 de Julio de 1933

Núm. 533

LA PESCA

—Te acuerdas bien de las explicaciones del sábado anterior?

—Bastante bien, sí, señor. Pero esta mañana me tié usted completamente en las manos con mis hazañas como pescador... y por esa razón le agradecería mucho que aplazase pa el sábado que viene lo de los términos náuticos, y que me hablase algo de la pesca... No me acordé de usted figurarse la de peces que cogió en Villanueva...! No he visto nunca en las redes... Y eso que yo tenía mis miedos, porque ví unos bichos cuando la barca, que nos acompañaba, se fue un buen trecho. Me dijeron que se pescaban delfines.

—Pero hombre, si el delfín precisamente es el mejor amigo del pescador; el nadador también!

—¿Está usted seguro?

—Te hablo por experiencia propia. Me ha ocurrido varias veces, ir andando, y rodearme los delfines haciendo círculo como si quisieran detenerme que nadaban mejor que yo. Siempre me protegían mi marcha. También me han contado de algún nadador que estando a punto de hundirse, se vio salvado gracias a un delfín. Y en cuanto a la ayuda que prestan a los pescadores, puedo asegurarte que los delfines ayudan a las anchoas y a las sardinillas, hasta fomar con ellas una verdadera pasta, y es entonces cuando el pescador lanza sus redes sin que se escape el caso de que quede engañado en ellas un solo delfín. (Son muy inteligentes!)

—Por lo visto, más que muchas personas, oiga usted, señor Nieto, ¿procuran muchos beneficios la pesca?

—Solo te diré que a ella se deben todos los beneficios de la agricultura, ya que proporciona el consumo de sus materias como madera, cáñamo, esparto, betún, etc., etc., para la fabricación de barcos y en los útiles de pescar. También es útil a la industria, por la fabricación de esos mismos buques, tejidos, etc., etc.; y también a los que salan, secan y ahuman. En fin; sus beneficios con incalculables.

—¿Cuál es la pesca más antigua?

—Seguramente la del bacalao. Esta pesca, no se ejecuta en los mares de España, pero es importantísimo constituir una riqueza de muchos millones. Tiene la propiedad el bacalao, de reproducirse enormemente. Casi siempre se encuentra en los mares glaciales, y frecuentemente los mismos sitios, y solemos de situarse, mucho tiempo son grandes cantidades con relativa facilidad.

—¿Qué aparatos se emplean para pescar?

—Son sencillos: anzuelos y señuelos de todo lo necesario, aparte de la cantidad de valor... naturalmente.

—¿La parte natural... es la que me interesa. ¿Y la ballena? ¿También se pesca?

—Con más valor aún. Puede decirse que a la ballena y al cachalote, hay que arrostrar los hielos y las tempestades, para llegar al fin a islas hospitalarias.

Para esta pesca, hay que emprender un verdadero viaje alrededor del mundo. Solo te diré, que dura más de dos años.

—¿Y cómo se hace la pesca?

—Por medio de buques que llevan varios botes, provistos éstos de arpones, lanzas, cuchillos y cuanto constituye un verdadero arsenal de combate.

«Al ver a la ballena, porque ésta sale frecuentemente a la superficie para respirar, se le arroja el dardo, y se deja ir una gran cantidad de cuerda, ya que son muy peligrosas las convulsiones que su inmensa mole realiza. Y después de muerta, la llevan al buque, y allí la despojan de su parte grasienta, abandonando el resto a los tiburones...»

—Oiga usted: ¿Es verdad que hace muchos años pescaron un cachalote en el puerto de Barcelona?

—Bien pudo ser. Lo que te aseguro, es que les costaría mucho pescarlo, porque el cachalote es de un valor rabioso. Siempre acomete a la ballena, y cuando se siente herido por el pescador, arremete contra la embarcación furiosamente. Tiene una cola muy larga y muy fuerte, que emplea como su principal defensa, y da horror verle utilizándola. En la pesca del cachalote, siempre ocurre algo trágico...

—¿Pues con eso, se me van quitando las ganas de ir mucho de pesca...! Está visto que no va a poder dedicarse uno a ná...»

—¿Tanto como eso!

—Quiero decir, que to tiene sus peligrosos...

—¿Y no has pensado en el peligro de vivir sin hacer nada, suponiendo que ello fuera posible?

—Pues no se me ha ocurrido pensar en eso porque ciertos peligros me atraen, a pesar de to... y me tengo miedo.

—¡Bendito sea el miedo, si lo sientes por eso! Te felicito de veras...

—Pues, señor... ¡Cuando menos me lo esperaba, acierto! Está visto que no doy una.

EL NIETO DEL ABUELO

¡Pobre ciegucecita!

(A mis queridos padres, con todo amor y respeto).

María Nieves aquella florecilla sencilla y débil, aquella niña hermosa de ojos color de mar, yacía enfermita en su lecho de dolor. Sus padres, siempre solícitos en proporcionarle alegrías y caprichos, sólo pensaban en un medio de curar a su hijita; más la niña iba enfermando y palideciendo cada día más, hasta quedar del todo descolorida aquella rosa; o mejor dicho, aquel capullo que aún no había abierto sus hermosos pétalos.

Era al anochecer de un día de primavera; el sol se escondía en el ocaso y empezaban a verse en el hermoso firmamento las finas lucécillas de unas estrellas que resplandecían en el inmenso manto azul.

En el suntuoso castillo donde vivían los padres de María Nieves parecía haber más bullicio que de costumbre. Un coche grande paróse delante de la puerta, descendiendo de él un señor muy respetable. Cruzó el jardín, entró en la casa

y se encaminó hacia la habitación de María Nieves.

Esta estaba más pálida que de costumbre y tenía cogidas con sus manecitas las de su madre.

—Mírame, mamá, mírame —decía la niña abriendo sus ojos con una fuerza extraordinaria—. Mírame, mamá—repetía cada vez más fuerte.

La madre tenía los ojos cubiertos de lágrimas y fijos en los de su hija.

¡Cuánto sufrió aquella madre! Miraba a su hija, se la comía con sus miradas, y su hija no la veía. ¿Cómo poder darle gusto? ¿Como hacer que su hijita la viera? ¿Por qué no quieres mirarme?, repetía la niña apretando más y más las manos de su mamá. Pero hija mía, dijo al fin la madre sin poder contener un grito de dolor: Aquel señor que bajó del carruaje entró en la habitación. Era el doctor que en el momento de ver a la niña declaró que ésta había perdido la vista.

La niña, al oír hablar de esta manera, prorrumió en un triste sollozo exclamando:

—¿No te veré más, mamá?

Han pasado algunos años. María Nieves ha curado de la enfermedad, pero no de la ceguera de sus ojos.

Su madre acaba de morir. Todas las precauciones del padre son de que no se entere la niña de tan triste nueva, pues podría perjudicar su débil salud.

La niña se encamina hacia el lecho de su madre para darle un beso... pero en aquel momento el padre la aparta de allí, diciéndole:

—Mamá duerme, no la despiertes.

Más la niña con ser ciega ve perfectamente cuanto ocurre, y dice solícita:

—Cómo la mamá duerme, ¿sin que yo haya entrado a darle un beso se ha dormido? No puede ser; no te acuerdas, papá, que cada día se dormía cuando yo había entrado; no te acuerdas que me decía con aquel lenguaje tan cariñoso que sólo sabe tener una madre: «Hija mía, vela mi sueño que ahora soy viejecita; vela mi sueño como yo había velado el tuyo». Y no te acuerdas que yo le respondía para recordarle mejor aquellos mis años infantiles:

Duerme, mamáita, que a tu lado estoy; duerme, que yo te velo tu sueño de hoy.

Y entonces ella me respondía, con aquel amor tan grande que ponía en sus palabras: «¡Cómo han cambiado los tiempos!... Y dormía, dormía, mientras yo, con ser ciega, contemplaba aquel corazón de mi buena madre que tanto me amaba.

—Es verdad, hija mía. No puedo engañarte. Tu madre ha muerto. Aquella madre que te enseñó a amar y te enseñó a ver con los ojos del alma, ya jamás podrás decirle: «Mírame, mamáita, mírame».

Duerme, mamáita, que a tu lado estoy; duerme, que yo te velo tu sueño de hoy.

Y entonces ella me respondía, con aquel amor tan grande que ponía en sus palabras: «¡Cómo han cambiado los tiempos!... Y dormía, dormía, mientras yo, con ser ciega, contemplaba aquel corazón de mi buena madre que tanto me amaba.

—Es verdad, hija mía. No puedo engañarte. Tu madre ha muerto. Aquella madre que te enseñó a amar y te enseñó a ver con los ojos del alma, ya jamás podrás decirle: «Mírame, mamáita, mírame».

Duerme, mamáita, que a tu lado estoy; duerme, que yo te velo tu sueño de hoy.

Y entonces ella me respondía, con aquel amor tan grande que ponía en sus palabras: «¡Cómo han cambiado los tiempos!... Y dormía, dormía, mientras yo, con ser ciega, contemplaba aquel corazón de mi buena madre que tanto me amaba.

—Es verdad, hija mía. No puedo engañarte. Tu madre ha muerto. Aquella madre que te enseñó a amar y te enseñó a ver con los ojos del alma, ya jamás podrás decirle: «Mírame, mamáita, mírame».

Duerme, mamáita, que a tu lado estoy; duerme, que yo te velo tu sueño de hoy.

Y entonces ella me respondía, con aquel amor tan grande que ponía en sus palabras: «¡Cómo han cambiado los tiempos!... Y dormía, dormía, mientras yo, con ser ciega, contemplaba aquel corazón de mi buena madre que tanto me amaba.

—Es verdad, hija mía. No puedo engañarte. Tu madre ha muerto. Aquella madre que te enseñó a amar y te enseñó a ver con los ojos del alma, ya jamás podrás decirle: «Mírame, mamáita, mírame».

Duerme, mamáita, que a tu lado estoy; duerme, que yo te velo tu sueño de hoy.

Y entonces ella me respondía, con aquel amor tan grande que ponía en sus palabras: «¡Cómo han cambiado los tiempos!... Y dormía, dormía, mientras yo, con ser ciega, contemplaba aquel corazón de mi buena madre que tanto me amaba.

—Es verdad, hija mía. No puedo engañarte. Tu madre ha muerto. Aquella madre que te enseñó a amar y te enseñó a ver con los ojos del alma, ya jamás podrás decirle: «Mírame, mamáita, mírame».

Duerme, mamáita, que a tu lado estoy; duerme, que yo te velo tu sueño de hoy.

Y entonces ella me respondía, con aquel amor tan grande que ponía en sus palabras: «¡Cómo han cambiado los tiempos!... Y dormía, dormía, mientras yo, con ser ciega, contemplaba aquel corazón de mi buena madre que tanto me amaba.

—Es verdad, hija mía. No puedo engañarte. Tu madre ha muerto. Aquella madre que te enseñó a amar y te enseñó a ver con los ojos del alma, ya jamás podrás decirle: «Mírame, mamáita, mírame».

El niño ingenioso

Hay niños que se entienden también como las dos ratitas.

María y Carlos son dos niños que juegan siempre juntos y se ayudan mutuamente, como las dos ratas de la fábula.

Un día en que paseaban por el campo, no lejos de su casa, encontraron un erizo.

—¡Un erizo! —dijo Carlos—. Papá se pondría contento si lo tuviera en el jardín. La otra tarde decía: «Me gustaría tener un erizo en el jardín, porque come los insectos».

—Llévemole el erizo—dijo María.

Pero cuando los niños quisieron alzarlo, el erizo se hizo una bola toda cubierta de duros pelos parecidos a espinas. Era imposible tocarlo. Uno se habría pinchado.

—¿Cómo hacer, pues, para llevar el erizo?

—¡Ya sé! —dijo Carlos—. Préstame tu delantal. Pondré el erizo en el delantal y lo llevaremos en él, sin pincharnos y sin hacerle mal.

—Buena idea—replicó María—; pero las púas del erizo pueden desgarrar el delantal...

—Para evitar eso, pondremos mucho pastito entre el animal y el delantal.

Carlos era un niño ingenioso, ¿no es cierto?

Extendió el delantal en el suelo; con una ramita empujó el erizo hasta colocarlo en medio del delantal; luego agarró a éste por dos puntas; María tomó las otras dos puntas, y así llevaron el erizo hasta su casa.

El padre se puso contento, pues hacía tiempo que deseaba tener un erizo. Lo llevó al jardín y allí lo soltó para que destruyera todos los bichos que echaban a perder los repollos y las lechugas.

Como ustedes ven, Carlos y María se entendieron como las dos ratitas. Si María no hubiese prestado su delantal, Carlos no hubiera podido llevar el erizo. Tampoco hubiera podido llevarlo María sola.

Valentía del brigadier de la Armada don Casto Méndez Núñez

Era el año 1866 cuando a consecuencia de un disgusto ocurrido entre nuestro Gobierno y el del Perú, las relaciones que unían a España con aquella república americana habían quedado interrumpidas.

Nuestra patria quiso vengar la ofensa recibida y encargó a sus barcos de guerra esta penosa comisión.

El hecho más notable de aquella campaña naval lo constituye el bombardeo de El Callao, la plaza más fuerte y el puerto principal de la nación peruana.

El día 2 de Mayo, triste aniversario de otra fecha no menos memorable, la flota española al mando del brigadier de la Armada don Casto Méndez Núñez, conquistó nuevos laureles.

Para asegurar el éxito de su empresa, el valiente general distribuyó la escuadra en tres divisiones. La primera la formaban «Numancia», «Blanca» y «Resolución», con el encargo de atacar las baterías formidables del sur de la plaza. La segunda, las fragatas «Berenguela» y «Villa de Madrid», que debían atacar las baterías del Norte. La tercera, las fragatas «Almansa» y «Ven-

PINOCHO
SEMENARIO INFANTIL

Publica 16 páginas de amena lectura para niños, CUENTOS, HISTORIETAS ILUSTRADAS, CHISTES, PROBLEMAS, PASATIEMPOS, etc., etc., etc.

Precio 0'25 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTOER.—Plaza de P. Iglesias, 17

cedora», destinadas a luchar contra los buques enemigos.

Era ya la mitad del día, cuando disipada la espesa niebla que ocultaba la plaza, nuestros barcos comenzaron a hacer fuego, que fué muy valientemente contestado por los potentes cañones de las fortalezas del Callao. Entonces la valentía de nuestros marinos justificó una vez más el arrojo proverbial de las armas españolas, y cosa digna de admirar fué la precisión y celeridad de su excelente artillería que debía hacerse gloriosa.

Y mientras una de las granadas de la Armada española causaba fuertes estragos en los peruanos, un proyectil enemigo hería gravemente a Méndez Núñez, quien era tanta su valentía, que a pesar de su estado, quiso continuar dirigiendo el combate, hasta que cayó desvanecido a causa de la sangre perdida.

Serían poco más o menos las tres y media de la tarde, cuando se incendió la «Numancia», prendiendo el fuego en el antepañol de la pólvora de proa. El capitán de dicho barco, don Victoriano Sánchez Berástegui, recibió hasta tres avisos invitándole a retirarse del combate y anegar la santabárbara; más el bravo marino contestó, con frialdad espartana: «Antes que mojar mi pólvora, prefiero volar la fragata».

Media hora después habían conseguido apagar el fuego, y el heroico capitán volvía a la lucha con su brio incomparable.

Cerca de las cuatro de la tarde sólo tres cañones enemigos contestaban al nutrido fuego de los barcos españoles, y antes del anochecer nuestra marina de guerra había conseguido la más señalada de las victorias.

En este glorioso combate pelearon también valientemente, además de Méndez Núñez y Sánchez Berástegui, otros capitanes como don Miguel Lobo, don Juan Bautista Antequera, etcétera, etc.

Si el valor no hubiese conquistado para Méndez Núñez una página de nuestra historia, sin duda se la conquistaría el siguiente episodio de esta guerra:

La escuadra inglesa, obedeciendo las órdenes de su Gobierno, estaba dispuesta a impedir que la flota española bombardease El Callao. El almirante británico hizo saber a Méndez Núñez que si realizaba su propósito cañonearía a los buques españoles, y nuestro bravo marino le contestó: «No importa. España quiere más honra sin barcos, que barcos sin honra». Y como el inglés replicase que se interpondría entre nuestras divisiones, Méndez Núñez le contestó con gran entereza: «Si usted se coloca entre la ciudad y mis barcos, mi deber será el de echarle a pique, pues no necesito estorbos».

Ya se guardó el inglés de cumplir su promesa. Y ¿que nos enseña todo esto, lector? Pues, sencillamente, que todo buen ciudadano ha de cumplir los deberes que tiene para con su patria y saber que uno de estos deberes, quizás el principal, consiste en velar por la honra de nuestra segunda madre.

FRANCISCO COLL ARNALD

T.B.O. SEMANARIO INFANTIL. Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados. Historietas - Cuentos - Chascarrillos. Precio: 0'10 pesetas. Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintés Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.

FOLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

—¿Qué vio usted en ellos? —Mucha angustia, mucha pena, mucha desesperación... algo que me estremeció como un escalofrío, algo doloroso, violento y trágico, que brillaba en el fondo de las pupilas con un resplandor calenturiento... ¿Cree usted que no he adivinado lo que lleva usted dentro, lo que oculta a todos? —Esa gran pasión que ruga, que grita, que quisiera usted arrancarse y no puede? ¿Cree usted que ha sido un misterio para los ojos clarividentes del Hada Alegría? Y me he dicho a mí misma, que el hombre que es capaz de sentir esas grandes y violentas sensaciones, no es frío, ni egoísta, ni escéptico, ni superficial. Cuando no se tiene alma no se sufre... Nunca había abierto Fernando Cortez las alas ocultas de su corazón a ninguna persona, excepción hecha del Príncipe Romanéff, pero en aquel momento, invitado a ello por la franca afectuosidad de Gloria, creyó encontrar un alivio descansando fraternalmente sus dolores en aquel otro corazón virginal animado hacia él por la blanca ruta de la simpatía y la justicia.

—¿Acaso usted... me ha mirado? —Le miré a los ojos el primer día que le ví, formé mi juicio y estoy seguro de no haberme equivocado. Ya sabe usted lo que dicen... Que son el espejo del alma.

Las dos ratas y el huevo

Había una vez dos ratitas. Salieron de sus cuevecitas para ir a buscar alimento. Encontraron un huevo que una gallina había puesto en el suelo.

—¡Oh, que festín vamos a hacer! —se dijeron las ratitas.

Pero de pronto divisaron al zorro, allá, cerca del bosque. El zorro había salido también de su cueva en busca de algo de comer.

—¡El zorro! ¡El zorro! Huyamos pronto!

—¿Y el huevo? Si lo dejamos aquí, el zorro se lo comerá. Es preciso que lo llevemos a nuestra cuevita.

Pero, ¿cómo llevar el huevo?

Era, por cierto, muy difícil. Las ratas necesitan de sus cuatro patas para correr. No pueden, pues, llevar un huevo; se habría roto en el camino. Ni podían arrastrarlo ni hacerlo rodar. El huevo se habría roto en el camino. ¿Qué hacer? Y el zorro se acercaba...

—Oye—dijola rata más grande—. Tú te echarás de espaldas y agarrarás el huevo con las cuatro patas, apretándolo sobre tu vientre, y yo, tirándote de la cola te arrastraré hasta nuestro agujero.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!... Pero supongo que no me morderéis la cola al tirar...

—No tengas miedo. No te la agarraré fuerte. Pronto, porque el zorro se acerca.

La rata más chica se echó de espaldas y la rata grande le puso el huevo entre las patas. Luego aferró con sus dentezuelas la cola de su compañera y comenzó a tirar.

No era muy cómodo. Había muchos guijarros en el camino y no podía ir ligero porque caminaba para atrás.

Pero al fin llegaron hasta la entrada del agujero y se apresuraron a entrar el huevo. Una vez adentro se lo comieron tranquilamente.

Eran muy ingeniosas esas ratitas, ¿no es cierto? Además se querían y se ayudaban una a otra. Si la rata chica no hubiese querido dejarse arrastrar de la cola, la rata grande sola no hubiera podido llevar el huevo. Tampoco la rata chica lo habría llevado sola. Es bueno ayudarse.

La rana y la raposa

FABULA

Abandonando una rana la laguna en que había nacido, se fué a vivir entre los demás animales, haciéndoles creer que sabía más de Medicina que los famosos Hipócrates y Galeno. No obstante, la raposa dijo:

—No lo creáis. ¿Cómo ha de ser la rana buen médico, si no sabe curarse a sí misma? Si fuera médico, no estaría tan enferma como demuestra el color de su boca, y así misma se hubiera curado primero.

Es una necesidad haber alarde de profesar una ciencia, que se ignora.

ESOPO

sufrido mucho... pero estoy ya desengañado de mi locura, rendido en la refría, y llega para mí la hora sagrada de serenidad en que mi alma, fatigada y vencida, va a reposar en el olvido. Gloria, no fué dueña de dominar una ráfaga de intensa alegría que se dibujó en su rostro... El río rumoreaba en los festones de sus riberas y sobre sus lomos de cristal cabalgaban veloces ejércitos de petalos desprendidos de los almendros. Su dulce rumor parecía una canción de vida empapada de jugos de optimismo... Una gran paz, una gran soledad les envolvía; Gloria, sin darse cuenta de ello, apretó un poco el brazo de él al preguntarle muy bajito con voz en que vibraba un dejo emotivo. —¿De veras... quiere usted olvidarla? —¡Que sí quiero olvidarla!... Está en ello la salud de mi cuerpo y la paz de mi alma. He sufrido al luchar pero creo que he vencido en la lucha, que el fin se acerca... —¡El fin de un gran amor! —murmuró la joven lentamente, como si rezara. —Debe ser un momento trágicamente doloroso aquel en que luego de

Los indígenas de las islas Fidji son muy perezosos, pero, muy artistas fabricando piraguas

Las islas Viti y Fidji, de ambas maneras pueden nombrarse, están bajo la tutela de Inglaterra, y las forman unos doscientos islotes.

Las principales poblaciones de estas islas son Vanovia y Viti Levu ocupando una superficie de unos veinte mil kilómetros cuadrados.

Se caracterizan estas islas por sus volcanes de enormes cráteres casi siempre en erupción. Abundan los arrecifes y en sus madreporas se encuentra el coral, riqueza explotada por los ingleses ayudados por los indígenas.

La vegetación es espléndida, hallándose bosques frondosísimos. Las lluvias frecuentes favorecen el desarrollo de la agricultura en la que los frutales adquieren gran rendimiento.

En la parte de Fidji se cría el árbol del pana, designado así por los habitantes del país. Este da el coco, principal alimento de sus moradores. También se cría la caña de azúcar, el café, los naranjos, pero éstos sin el sabor y el ácido de los españoles. Son algo insípidos y no propicios para la exportación.

Los indígenas de estas islas, son muy poco trabajadores. La labor de las tierras y las inherentes son hechas por los australianos y los ingleses. Acuden a estas operaciones los habitantes de las islas Hébridas secundados por los indios.

Las razas blancas, entre las gentes de estas islas, constituyen una aristocracia, ya que son contadísimas las personas de este color y poco a poco van desapareciendo.

Una de las mayores diversiones de los Fidji, es la de construir piraguas y deslizarse con ellas por los ríos y los lagos, realizando proezas en esta suerte de navegación, a la que profesan una gran estima.

Aunque lentamente, Inglaterra va infundiéndoles a estas gentes algo de cultura, pero son demasiado rebeldes a instrucción y no les agrada realizar esfuerzos intelectuales, porque tampoco si pueden, los hacen corporales.

Realmente, los habitantes de estos archipiélagos son gentes muy curiosas y dignas de estudio. Han huído de ellas las ideas feroces y sanguinarias. En este aspecto muestran una selección preferente.

Se alimentan con poco, los cocos, sobran. Trabajan muy poco y su diversión consiste en construir piraguas de troncos de maderas y navegar con ellas. No omitiremos el señalar que los Fidji son grandes navegantes y saben construir pequeñas embarcaciones aprovechadas para transportar las riquezas que el suelo les da.

Literatos españoles del Siglo de Oro

El Siglo de Oro fué para las letras españolas el período de su apogeo, en el cual brillaron sus más grandes literatos.

Os citaré, entre otros, como más importantes:

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, apodado el Príncipe de los Ingenios, nació en Alcalá de Henares en 1547; ya mayor, allá por el 1571 luchó como soldado en la batalla de Lepanto, en la que se comportó heroicamente, quedán-

haber amado mucho, nos convencemos de que de aquello grande, inmenso, que absorba toda nuestra vida, sólo queda un recuerdo trivial. Y debe ser muy triste preguntarle al corazón... «¿Qué hiciste de aquella pasión que era tu vida?» Y que el corazón responda: —«He olvidado». Una turbación llena de emotividad pasó violenta envolviendo con calor de sangre al señor de Fenollar. Y algo alterado, repuso lentamente. —Si, debe, en efecto, ser muy triste... cuando en esa pasión se ha puesto el alma, todo lo mejor de nuestras aspiraciones y de nuestros sentimientos. Pero cuando sólo ha sido un entretenimiento peligroso donde apenas el espíritu se ha interesado, cuando ha sido algo bajo, impuro, grosero y bestial, que usted no imagina afortunadamente, entonces se siente la alegría suprema de la libertad al decir... «He olvidado». Y es ese momento un instante glorioso de victoria durante el cual se miran las cadenas rotas con mirada de triunfo. —Aleteaba algo inquieto en el alma de Gloria, algo que se calmó ante las palabras del Conde.

dosele inútil la mano zurda, de aquí el calificativo de «El manco de Lepanto»; a su regreso a España, fué hecho cautivo y conducido a Argel como esclavo, siendo rescatado al fin por los italianos.

Después de ejercer varios cargos, se casó con doña Catalina Salazar y Palacios. La felicidad le condujo a veces a la cárcel; compró su inocencia. Pasó una vida de estrechez, viviendo en Madrid el 23 de Abril de 1616. La familia trinitaria y esfuerzos de sus familiares, renombre son las «Novelas ejemplares» y «comedias», no acompañándole la suerte en sus producciones dramáticas, siendo desestimado como poeta, aunque dió pruebas en ocasiones de verdadera inspiración.

ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA nació en Madrid en 1533. Influído por el espíritu de la guerra de Chile, peleando con los austracistas asistiendo a batallas, descubrimientos y hazañas.

La obra más importante de Ercilla es «La cana», en la cual pone de relieve a sus personajes: Valdivia, Andrea, Caupolicán, Tucapel, etc.

LOPE FELIX DE LA VEGA CARPIO nació en la luz primera en Madrid y en 1562. La vida de Lope fué muy intensa y agitada, repartida entre sus devaneos, su inmensa producción literaria, sus odios y amistades y los cargos que desempeñó; a la muerte de su segunda esposa Juana Guardo, se ordenó de sacerdote.

Cultivó todos los géneros; su obra más notable, es la «Dorotea»; entre sus producciones poéticas, se cuentan la «Jerusalén conquistada», la «Gatomaquia» etc., etc.; como didáctica, merece interés «El laurel de Apolo». Murió en la capital madrileña en Agosto de 1617 y el día de su entierro fué una manifestación «luto nacional».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEDOMINGO nació en Madrid en 1580, estudió en las universidades de Alcalá, de Valladolid, adquiriendo conocimientos en humanidades, filosofía y teología.

Fué Quevedo un cumplido caballero; se de él que un día en la Iglesia de San Mateo como quiera que un hombre abofetease a una dama, salió en su defensa, matando al agresor por lo cual tuvo que huir. Disfrutó el favor del duque de Osuna, más al caer éste fué hecho prisionero y condenado al destierro.

REFRANES

—Mientras más amigos, más claros; dos amigos, un notario y dos testigos, o con razón conservan amistad.

—A más moros, más ganancia.

—A cuentas viejas, barajas nuevas.

—Sarna con gusto, no pica.

—Conde y condadura y cebada para la o abad de zarzuela, comisteis la olla y puzcazuela.

CONSEJILLOS

Los niños aplicados, son en todo y por todo respetados.

—Y no siendo estudiosos, consiguen resultados desastrozos.

Imp. de M. Sintés Rotger. - P. Pablo Iglesias, 17.